EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Octubre 1.° de 1883. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.—Núm. 9.*

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO NOVENO

LAS CONFIDENCIAS DE LA NIETA Y LOS CONSEJOS DE LA ABUELA

UN largo baño de agua tibia y perfumada apaciguó los nérvios de Marta.—Al salir de su bañadera de mármol rosado, una dulce languidez acariciaba todo su cuerpo. Vistió sobre su camisa trasparente un baton de raso azul, y se sentó en el canapé de su tocador, con el cabello esparcido, como un manto negro, sobre los mórbidos contornos de su rostro. Una vez allí, su cabeza se inclinó, y sus manos se posaron con triste indolencia sobre las unidas rodillas, dejando caer á sus piés un peine que parecia forrado en piel de tigre.

Doña Emilia la sorprendió en ese estado de inerte melancolia, y ella pareció apercibirse apenas de la presencia de su abuela.—La señora habia estado ya varias veces procurando á Marta, que le negaba entrada á su cuarto de baño.—La visita á doña Catalina habia sido breve. Jorge esplicó la ausencia de Marta, así como que no la hubiese encontrado en su camino doña Emilia, diciendo que habria salido la señorita al jardin por la puerta del fondo.... Doña Emilia manifestó á doña Catalina sus votos de una pronta mejoria, y volvió á su casa para hablar con Marta, porque deseaba tener con ella una esplicacion espansiva.—Estaba visible al fin la regalona!

—Marta, dijo doña Emilia sentándose á su lado y tomándole con cariño las dos manos; desde hace muchos dias noto algo estraño en tu fisonomia y en tu modo de ser. Perdóname si te interrogo.—¿Qué tienes? ¿Qué deseas? ¿Qué te falta? ¿De nada pueden ya servirte tus abuelos?

—Madrecita querida, respondió Marta, sintiendo que sus ojos se arrasaban de lágrimas; conozco que soy culpable cuando por mis estravagancias te hago entrar en cuidado y en zozobra. Yo deberia estar siempre alegre, juguetona, animada para todos los placeres, consagrada al amor de mis dos viejos, que me adoran y me miman como talvez no merezco.... Oh! si, es cierto, no merezco! Hay algo que me falta y ha de faltarme siempre!

—Niña!

—Lo que oyes!

—Tú vás á esplicarme ese misterio como si yo fuese tu mejor amiga.—Ves!—Tu abuelo poco se ha apercibido hasta ahora de lo que á mí tanto me preocupa. Su afliccion seria inmensa si te viese en este momento, llorando con infinita tristeza, como si devorasen tu alma horribles penas.—Nosotras, madres ó abuelas, comprendemos mejor la naturaleza de estas crísis morales, que son propias de tu edad y que todas las mujeres hemos sufrido alguna vez. Desahoga tu corazon en mi seno, y nada le contaremos al buen viejo, sinó cuando tú lo quieras.

—Ah! si, que él lo ignore todo, al ménos él!

—Te juro que lo ignorará, dijo doña Emilia besando las manos cortas y llenitas de su nieta.

—Somos muy ricos! esclamó Marta, despues de algunos instantes de silencio; pero yo quiero que me digas, abuelita, si la riqueza es la felicidad.

—¿Porqué pensar en eso? Tus abuelos mejor que nadie saben que no basta ser rico para ser feliz. Hemos perdido tantos hijos. Hemos sufrido tanto en esta vida.—Hace dos meses estábamos amenazados de ser las personas más desgraciados del mundo. Sin tí,—¿de qué nos servirian las riquezas?—Si agradecemos á Dios que nos haya prodigado los favores de la fortuna, es con la esperanza de que esa fortuna asegure tu felicidad....

—Pero la fortuna, tú mismo lo dices, no asegura la felicidad de nadie. A veces, puede ser un obstáculo, un enemigo más en el camino....

—¿Por qué hija mia, por qué?

—Bien miradas las cosas, yo debo ser muy feliz. ¿No es cierto que Vdes. me brindan la satisfaccion de todos mis deseos? ¿No es cierto que cifran toda su ambicion en complacerme? Si pido la luna, no me la darán, porque no es posible, pero serian incapaces de negarme, ¿no es verdad?.... lo que Vds. tengan á la mano y yo ambicione.

—Me parece que asi es, y tú bien lo sabes.

—Si yo dijese: quiero viajar, quiero ir á Europa, quiero ver otros mundos, y olvidar el que dejo á la espalda.... ¿qué me responderian Vds?

—Bah!.... no necesitas preguntarlo; antes de ocho dias estaríamos en viage.

—¿Si? Pues te tomo desde luego la palabra, madrecita querida.... Pero, así como deseo viajar, podria desear tambien una cosa muy distinta.

—¿Qué cosa? preguntó doña Emilia, atrayendo hácia su pecho la cabeza de Marta y sonriendo con cierta malicia bondadosa....

—Tener novio! respondió Marta, bajando la cabeza de tal modo que su rostro se escondia entre su cabellera como con una máscara de terciopelo negro.

—Tener novio! Eso es muy grave, señorita. El deseo de tener novio es una verdadera enfermedad.... enfermedad muy especial, pues no hay médicos que la curen, y no falta médico que voluntaria ó involuntariamente la produzca!

—¿Tú lo crees?

—Si, y esioy segura de que tendria mi misma opinion el doctor Nugués, si nos estuviese oyendo.

—El doctor Nugués!—exclamó Marta, incorporándose y echándose sus matas de pelo hácia la espalda.

—Si, señorita, el doctor Nugués, repitió doña Emilia, volviendo á tomar las manos de Marta. ¿Se figura usted que una abuela no sabe leer en el corazon de su nieta como si fuese un libro abierto?

—Ay! el corazon de las nietas tiene sin duda muchas hojas; la que tú has leido está pasada y olvidada para mí, hace mucho tiempo.

—Mucho tiempo, hija mia, y hace apenas dos meses que conociste al doctor Nugués!

—Pues el corazon, abuelita, anda entónces muy lijero, demasiado lijero!

—¿Sabes que me asusta oirte hablar del corazon con tanto aplomo?

—Tu doctor Nugués se ha quedado muy atrás: se ha perdido entre la bruma de mis recuerdos más lejanos. Yo no quiero que sea mi novio tu doctor Nugués.

—¿Hablas de buena fé, Marta?

—Con el corazon bien abierto, para que tú lo leas como un libro....

—Pero entónces.... ¿qué significan tus palabras? ¿Qué misterio encierran tus lágrimas, tus lamentos?

—Al fin todo lo comprenderás.—Escúchame. Son tan buenos y tan complacientes mis abuelos! Me quieren tanto! Yo, todo lo espero de su inmenso cariño, y si un dia.... estoy haciendo una suposicion ... corro hácia ellos, me arrojo á sus piés y les digo: estoy enamorada de un hombre,que me amará, si ustedes aprueban y aplauden mi eleccion.... eso vengo á implorar.... la aprobacion y el aplauso.

—Pero, Marta, Marta,.... ¿de quién estás tú enamorada?.... dilo pronto; dilo!

—¿Y la aprobacion, el aplauso?

—Dí su nombre, dí.

—Se llama Jorge Parler.

Doña Emilia lanzó un grito de sorpresa y de dolor, soltando al mismo tiempo, casi rechazando las manos de Marta, que temblaban en aquel instante. Ante ese movimiento y ese grito, Marta se sintió humillada; el rubor encendió sus mejillas y sus grandes ojos negros se cerraron lentamente. La abuela, al verla, reaccionó sobre su primera impresion, le tendió los brazos y de nuevo le hizo reclinar la cabeza en su pecho.

Guardaron silencio largo rato. Despues, sin apartar á Marta de su seno, doña Emilia dijo con voz dulcísima, como para calmar todos los sobresaltos de la jóven:

—Pero, dime.... ¿es positivamente cierto que tú estás enamorada de Jorge?

Marta respondió con emocion voluptuosa y melancólica:

—Veo su imágen en los árboles, en las flores, en la nube que pasa, en el horizonte inmóvil, en las estrellas que me alumbran, en el libro que leo, en mi espejo, en mi almohada, en todas partes! Pienso en él á toda hora; sueño con él en mis noches agitadas; mi mayor placer es estar sola, dejando que mi imaginacion devane el hilo de una larga existencia en que él comparta mis alegrias y mis penas desde el altar hasta la tumba.—¿Es esto estar enamorada?

Callaron otra vez durante largo rato,—y volvió doña Emilia á interrumpir el silencio.

—Hay en el amor ilusiones muy estrañas, hija mia.—Ese jóven mayordomo no puede inspirarte una pasion duradera. Sabes, sin duda, medir la distancia que lo separa de tí y comprendes...

—Yo no comprendo nada, exclamó Marta, apartándose con suavidad de los brazos de la anciana.—Desde que conozco á Jorge, oigo ponderar sus méritos y virtudes, y los méritos y virtudes de toda su familia. Voy á aquella casa y aspiro en ella el mismo perfume de honradez que hay en la nuestra.... Me siento allí feliz, y no puedo concebir que el destino haya levantado una barrera entre ellos y nosotros.... ¿Es forzoso que haya de casarme en Buenos Aires con un dandy, con un personaje talvez indigno de mi amor?—Desde niña, me han vaticinado mis amigos que á mí me buscarán, nó para amarme sino para gozar de mi fortuna!—Y luego, yo pienso en esto: mi padre era jóven, era rico, era buen mozo, era un Valdenegros!—y sin embargo, pudiendo elegir entre todas las señoritas de Buenos Aires, eligió una niña del campo, desconocida, huérfana, y fué feliz con ella.... ¿no es verdad?—Pues si yo siguiese el ejemplo de mi padre y me casase en el campo, con un hombre como Jorge Parler,.... ¿habria motivos de sorpresa ni de escándalo?

—Sí, lo habria,—contestó doña Emilia con acento algo severo. Me asombra que *nuestro mayordomo* (y recalcaba la frase) no lo haya tenido presente cuando levantó los ojos hasta tí, cuando ha pretendido seducirte con el ejemplo de tu padre.

—Seducirme! Ah! por Dios! abuelita -¿qué has dicho? Puedo yo ser culpable, pero Jorge, Jorge es inocente, es un ángel. Oye la historia de mis amores, óyela, y bendecirás á ese mozo.

Fué bastante larga la historia de los amores de Marta. Esplicar el orígen de una pasion amorosa es á veces mas difícil que descubrir las fuentes del Nilo ó las primeras vértebras meridionales de los Andes. Apurando su memoria, recordaba la jóven que durante muchos dias, yendo Jorge Parler casi al lado del landó en que paseaba la familia por la tarde, no habia puesto en él los ojos ni dádose cuenta de que tal persona existiera en la estancia de las Alamedas. Un dia (y este recuerdo era todavia vago) fijó en aquel hombre la mirada, y fué tomando insensiblemente el hábito de observar su sombra, su caballo, su figura, miéntras el carruage la arrastraba, indiferente y tranquila, con la imaginacion distraida en objetos lejanos.—Jorge, segun Marta, tenia una fisonomia dulce, cabalgaba con elegancia y á la media luz del crepúsculo se destacaba en el horizonte y la planicie con formas agigantadas y gallardas. Habia concluido Marta por contemplarlo con inesplicable simpatía, y luego que conoció á doña Catalina y cobró intimidad con ella, esa simpatia fué creciendo, sin inspirarle recelos, porque le parecia justificada y natural. Cuando empezaron los paseos á caballo y se vió ella cabalgando entre el mayordomo y el señor Valdenegros, Jorge no le parecia ya un estraño.—En casa de Jorge pasaba ella largas horas y hablaba de él todos los dias. Conocia su cuarto; habia revuelto su escritorio y el cajoncito de su mesa de luz. Lo veia despues á su lado y le parecia un amigo.—La fria reserva de Jorge habia exitado, en vez de amortiguar, las simpatias instintivas de Marta. Poco á poco, como cediendo á una fantasia sin alcánce, como quien urde la trama de una novela, se habia puesto á cavilar sobre la estraña aventura que seria Marta Valdenegros enamorada del mayordomo de las Alamedas, y prefiriendo este partido rural al mas brillante y ruidoso partido de Buenos Aires. Esta cavilacion, segun los recuerdos de Marta, la habia llevado muy léjos desde que se le ocurrió pensar que su pasion por Jorge Parler seria como una imitacion hereditaria de la que su padre alimentó por la humilde hija del campo á quien dió el nombre y el rango de esposa. Por la pendiente de esta idea, habíase Marta deslizado insensiblemente hasta familiarizarse con aquello mismo que al principio le parecia una aventura novelesca, y así de fantasia en fantasia, de abandono en abandono, habia llegado á encontrarse subyugada por una inmensa necesidad de amor y de espansion, que la habria entregado inerme é indefensa á Jorge Parler, si éste amándola tambien como la amaba, no hubiese triunfado de sus propias pasiones, para detenerla al borde del precipicio á donde ella se lanzaba con la embriaguez de los primeros amores.... Y Marta, llegando á este punto de sus confidencias, referia minuciosamente, con ternura, con dulces lágrimas todo lo que Jorge le habia dicho algunas horas antes.—En esta relacion, sin quererlo, exajeraba su abandono, sus humillaciones, para exaltar la caballeresca abnegacion de su amado, cuyo juramento ella repetia testualmente, imitando el ademan con que lo habia proferido el mayordomo.

Doña Emilia tuvo momentos de sorpresa y de dolor al oir ciertos detalles de aquellas revelaciones. El peligro habia sido grande y los dos ancianos, sin más pensamiento que la felicidad de su nieta, lo habian ignorado! Doña Emilia se estremecia al recordarlo; pero cuando Marta concluyó su relato, respiró con ámplia sensacion de alivio. El peligro le parecia salvado. Marta habia llegado al final de su confesion con el ánimo desfallecido, como si

acabara de confesar un delito y esperase resignada la espiacion.

—Ves, dijo doña Emilia, abrazando y acariciando á su nieta; ves como Jorge ha comprendido lo que tú finges no comprender.—Reconozco que lo calumniaba. Pobrecito! Le pediria perdon si no fuese enteramente absurdo que me diese por entendida de lo que ha pasado entre ustedes.... En la sociedad, hija mia, hay vallas que no se pueden salvar, sin romper con ella para siempre, y una de esas vallas es la que impide los casamientos desiguales. Jorge es un buen mozo, y tiene *en su rango* muchos méritos; pero yo no necesito demostrarte que no está á tu altura y que no puedo decorosamente ser tu esposo. Doña Catalina es una mujer excelente; pero tú, supongo, no la llevarias á Buenos Aires para hacer visitas con ella, vestida de lustrina negra y cófia blanca. Puedes hacerte la ilusion de que amas á Jorge, y aun amarlo; pero no te alucinarás hasta el punto de creer que podrias presentarte con él en un palco de Colon ó en un baile del Club del Progreso.—El estravio de la imaginacion es capaz de arrastrar á una niña á grandes desvarios, y entre ellos, al de tener en la cabeza un novio que sea necesario ocultar; pero cuando se trata de buscar marido no se le busca para tenerlo oculto.... El ejemplo de tu padre es un delirio, entre otras muchas razones, por que el hombre hace á la mujer y la mujer no hace al hombre..... Una desconocida es la señora de tal, con todo el lustre del nombre de su marido; un desconocido queda siempre siendo lo que fué, y envuelve en su propia oscuridad á la pobre compañera de su vida.... Tu casamiento con *el mayordomo* (doña Emilia se limita ahora á acentuar delicadamente la palabra)—aun suponiendo que no fuese á lo largo un suplicio para tí, lo seria indudablemente para Jorge.—Estaria humillado; se sentiria señalado por el dedo de la opinion general, como un advenedizo, como un explotador de la debilidad ó de la inocencia de una niña.... Si reflexionas sobre eso, tú misma percibirás cuán graves consecuencias tendria la consumacion de tu locura.... ¿Piensas que la sociedad comprenderia la espontaneidad de tu estravagante pasion? Nó! La sociedad creeria que es Jorge quien te ha solicitado con las más depravadas intenciones, y que nosotros hemos tenido que ceder ante las exigencias de tu honor.... Sí, hija mia!—hasta el honor de los Valdenegros caeria envuelto en el torbellino de tu locura juvenil!

Marta llevó las manos á su rostro y doña Emilia prosiguió:

—Ah! cuánto sufriria tu abuelo si tal cosa llegara á suceder! Voy á decirte todo lo que pasaria si lo hiciésemos partícipe de estas confidencias... Ante todo creeria que le hablábamos de broma. Creeria despues estar bajo la presion de una terrible pesadilla, y al fin, como su cariño no tiene límites, ni su bondad tampoco, consentiria en tu enlace y estaria aparentemente satisfecho; pero en el fondo de su alma.... ah! en el fondo de su alma habria un mar de amargura!....Tiene el orgullo de su nombre y solo un príncipe le pareceria digno de tí.... De un príncipe á un mayordomo... ya ves, la distancia es grande, y tú no puedes salvarla sino clavando un puñal en el corazon de tu abuelo.... ¿Y todo por qué? Por que te figuras que amas á Jórge! Hace un mes no estabas distante de amar á tu médico, y dentro de poco, alejándonos de acá, te sentirás inclinada á amar á otro hombre, porque amar es una necesidad invencible de tu edad.... ¿Quieres viajar? ¿Hablas de ir á Europa? Está bien!—Viajaremos! conoceremos el mundo!—distraerás tu espíritu, y cuando tú quieras, elejirás esposo entre la flor de la flor de los hombres!

Repitiendo y esplayando estas ideas, la sensata señora multiplicó durante largo tiempo sus discursos, y Marta la escuchaba con abatido silencio.—Hallábase la jóven bajo el influjo de un sentimiento estraño... La reserva y el misterio habian sido poderosos estímulos de sus devaneos amorosos; ahora que su corazon no tiene secretos, ni para Jorge, ni para doña Emilia, el prestigio de la pasion disminuye y la exaltacion del alma languidece en desfallecimientos de timidez y cansancio... Algunas veces, sin embargo, despues de encontrar razonables y correctas las observaciones de doña Emilia, sentia perturbada toda la lucidez de su espíritu por este pensamiento criminal; habria tenido fuerzas, acaso, para seguir el vértigo de su amor, entregando á Jorge su destino, huyendo con él, muerta para la familia y para la sociedad, nueva Camila O'Gorman, aun cuando le deparase el porvenir igual castigo; pero se veia impotente y se sentia cobarde para desafiar las censuras y las burlas de la sociedad con un casamiento que á ella misma, como á Jorge, le parecia imposible.

Marta, por otra parte, no encontraba una resistencia absoluta que irritase su pasion. Si persistia en casarse con Jorge Parler, don Francisco no le opondria obstáculos invencibles. Ella comprendia que las palabras de doña Emilia á ese respecto se basaban en el conocimiento profundo del alma del anciano. Así pues, el romance que su imaginacion habia urdido con fácil complicidad de su inesperiente corazon llegaba al desenlace, y el desenlace era atrayente, seductor. Jorge, con noble abnegacion, la habia detenido al borde del abismo—(metáfora esta, que la habia impresionado mucho)—y ella, inmolando su amor en aras de los deberes filiales y de los respetos que la sociedad impone, aceptaba el sacrificio de Jorge y renunciaba á la posible realizacion de sus ensueños. El viaje á Europa complementaba la novela. Pasear por las grandes capitales del viejo mundo, por la cima de los Alpes, por las lagunas de Venecia, por las ondas del Bósforo, un alma que pugna por olvidarse del humilde mayordomo perdido en un rincon de las pampas argentinas.... ah! esta idea, vivamente coloreada en la imaginacion de Marta con tintes de fantástica melancolía, logró vencer todas las ilusiones de su amor, y le arrancó, despues de prolongado debate, estas palabras que le parecian de trájica solemnidad:

—Olvidaré! viajarémos!

—Hola! hola! qué demora es esta! gritaba en ese momento don Francisco, golpeando suavemente en la puerta del tocador.

—Puedes entrar, dijo doña Emilia.

Entró el señor Valdenegros. Fué para él como un espectáculo de catástrofe la fisonomía llorosa y emocionada de Marta.

—Tranquilízate y ríe más bien, apresuróse á decir la señora; todo lo que ves no tiene más causa que esto: la niña es antojadiza; leyendo descripciones de preparativos para la Exposicion de Viena, le ha entrado una especie de desesperacion por hacer un viaje á Europa....

—Y bien! exclamó el señor Valdenegros,—pues hay otra cosa que hacer sino embarcarnos?

—Esta niña, continuó doña Emilia, ha ocultado durante muchos dias su capricho, con temores y escrúpulos que no prueban sinó la desconfianza que nuestro cariño le inspira. Al fin, le he arrancado su secreto; ya lo sabes; tú resolverás.

—Qué tengo yo que resolver! Dentro de ocho dias estamos embarcados y dentro de un mes en Lisboa.... Este viage es una soberbia idea del *tesoro*; y lo estraño, muger, es que á nosotros no se nos haya ocurrido hacerlo antes. Nadie debe morirse sin haber visto la Europa..... Y la verémos! Ah! chica! nos supones ya tan viejos que no podemos trasportar los huesos de un estremo á otro de la tierra.... Pues te engañas! Ya nos verás haciendo papel hasta en los bailes de las Tullerías!

—Ya no hay Tullerías, papacito! dijo Marta, tomándole la mano,—gozosa de encontrar aquella coyuntura para segundar con su propio disimulo el ardid de doña Emilia; ya no hay Tullerías; el mariscal de Mac-Mahon habita el Eliseo y allí se dán los grandes bailes.

El señor Valdenegros se inclinó para besar la mano de su nieta, y dijo despues, queriendo tambien lucir *esprit*, como compensacion de su reciente error:

—Segun Dumas, para hacer un guiso de conejo, lo primero es tener el conejo. Para ir á Europa, lo primero es ir á Buenos Aires ¿Cuando partimos?

—Mañana mismo! esclamó Marta.

—Superior! superior! dijo don Francisco; me adivinas el pensamiento; ya empezaba á darme en cara el tal campito! Irémos en el segundo tren para no tener que madrugar.... Tú, Emilia, encárgate de mover aquí los criados; yo voy á disponer lo demás.... Apropósito.... ¿saben que doña Catalina está en cama? Poca cosa!—pero Jorge no se mueve de su lado. Un hijo ejemplar!—Me entenderé con el capataz para los arreglos del viaje. Y tú, tesoro, cuidado con tener otra vez secretos y melindres para tu viejo abuelo!

Sin tropiezos ni obstáculos tuvo lugar la partida. Poco antes de la hora designada, doña Emilia y Marta fueron á despedirse de doña Catalina. Sabian ya que la madre de Jorge estaba levantada y habian anunciado la visita. El sirvientillo pecoso y de pelo colorado las esperaba en el vestibulo, y las hizo subir, porque doña Catalina no habia podido bajar de su dormitorio. Estaba sola, reclinada en su sillon, y las recibió con lágrimas de agradecimiento. Sobre la cómoda se veia una copa, pero sin violetas y sin agua.—Marta parecia profundamente emocionada; doña Emilia la vió salir del dormitorio y quedó intranquila. Volvió momentos despues, y su semblante se habia serenado. Un criado entró á prevenir que el carruage estaba pronto y que el señor Valdenegros esperaba á la señora y á la señorita, pues el anciano se habia despedido con anticipacion. Marta se levantó de su silla y besó la frente de doña Catalina que á su vez besó las manos de la niña. Doña Emilia, que habria deseado suprimir aquellas demostraciones patéticas, se limitó á estrechar la mano de la enferma, deseándole un pronto restablecimiento.

Bajaron, y fueron adonde estaba esperando el carruaje. Al subir, dirijiendo la última mirada al jardin y á la quinta, Marta se apercibió por primera vez de que las hojas precipitaban su caida y que la naturaleza, como ella misma, sufria las decepciones del invierno!

Media hora despues, la campana de la Estacion y el silbato de la locomotora anunciaban la partida del tren. Con aire jovial, iba el señor Valdenegros sentado frente á doña Emilia y á Marta, ocupando ésta última el lado de la ventanilla.

—Dentro de tres horas, dijo el anciano, estaremos viendo pasar los coches por la calle Florida. Este Ferro-Carril del Oeste es de una regularidad admirable, y dicen que los hijos del país no somos capaces de organizar ninguna cosa con puntualidad, con precision! Comparen esta línea con la del Norte, manejada por ingleses! Bien entendido, yo no soy enemigo de los extranjeros, y de los ingleses mucho ménos.... Reconozco que tienen algunas cosas buenas, y no seré yo quien rebaje los méritos de nadie! .... A propósito, supongo que no se olvidarian ustedes de despedirse de mi mayordomo escocés,.. como quien dice.... padres escoceses.

—No estaba cuando fuimos á despedirnos de su madre, respondió doña Emilia con aire indiferente.

—Han debido hacerlo llamar, replicó don Francisco; es una ingratitud separarse de él á la francesa. Ha sido nuestro constro constante compañero de los paseos de tarde. Tú, sobre todo, tesoro, has debido acordarte de él, para agradecerle los paseitos á caballo, que te gustaban tanto.... ¿no es verdad? Prescindiendo de eso, Jorge es un caballero, una halaja, y merece que se le trate con la mayor consideracion posible.... Ah! el orgullito de las mujeres!—Cuántos personajes quisieran tener la honradez y la hidalguia de ese buen muchacho!... En fin, yo le escribiré disculpándolas á ustedes.

Marta, asomada á la ventanilla del wagon, como muy interesada en el paisaje, sustraia su rostro turbado á las miradas del señor Valdenegros. No habia ella menester de las palabras del anciano para sentir, vivo y punzante, el recuerdo del mayordomo de las Alamedas.... Ay! dos meses antes, sobre aquellas mismas fajas de acero, se habia deslizado el tren que la conducia, estenuada y abatida, en procura de fuerza y de salud. Aquellas vastas planicies la habian recibido entónces con ricas emanaciones de amor. La fuerza y la salud rebosaban ahora en su cuerpo; mas al recorrer de nuevo aquellas vastas planicies, siempre desnudas y monótonas, apenas más verdosas bajo los rayos de un sol ménos brillante, pareciale que el alma dejaba esparcida en ellas la sávia de sus más puras y generosas ilusiones!

A esa misma hora, el mayordomo de las Alamedas, sombrio y nervioso, encontraba sobre su mesa de luz este billete sin firma:

«Obedezco! Es posible que no volvamos á vernos durante muchos años. Nunca talvez!—El destino lo ha querido así.... y V. tambien. Olvide todo agravio y acuérdese tan solo de que en todo tiempo y en todas las circunstancias de la vida, le será fácil encontrar una amiga, una verdadera amiga, ansiosa de pagar la deuda de gratitud que V. ha tenido la generosidad de imponerle.»

(Continuará.)

CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—=)o(=—

VII

La novicia se encontró bien en su nuevo alojamiento, retraida en la soledad que tanto anhelaba y que no habia encontrado en su casa, rodeada siempre de los cuidados de su familia.

Satisfecha la curiosidad de las monjas despues del primer dia de la entrada de Cristina en el Convento, la dejaron sola, entregada á sus cavilaciones. Encerrada en la celda que le habian destinado, se pasaba horas tras horas mirando el retrato de Alberto Conde, único objeto que habia llevado consigo, y que guardaba oculto como un tesoro, temerosa de que sus compañeras de reclusion lo descubriesen.

A los pocos dias recibió la visita de su madre y hermanas en el locutorio, separada de ellas por una doble reja, á través de cuyas barras apenas pasaba la mano.

Al ver á Cristina, la madre se precipitó á la reja ansiosa de besarla y abrazarla, pero retrocedió ante aquel obstáculo material, y ante la apatía de su hija, que se presentó fria, severa, acompañada de una monja á quien llamaba madre.

Ni una espansion, ni un cariño, ni un arranque manifestó la novicia á la vista de su madre y hermanas. Estas lloraban silenciosamente, miéntras la madre con el rostro pegado á la reja, contemplaba á su hija acariciándola con los ojos, ya que no podia estrecharla entre sus brazos. Y acentuaba más la tirantez de aquella escena la presencia de la monja que acompañaba á Cristina, y á quien la señora de Peña miraba ya con celos, desde que habia oido que compartia con ella el título de madre, á que solo ella tenia derecho.

—¿Te encuentras bien hija, mia? preguntaba la pobre señora con los ojos bañados en lágrimas.

- Sí señora, contestó Cristina sin levantar la vista.

—Sí, está muy bien, dijo la monja entrometiéndose en la conversacion. No estraña nada, y al momento se ha puesto al corriente de sus obligaciones. Poco á poco la hemos de ir haciendo olvidar esa tristeza con que vino del mundo.

Efectivamente, Cristina parecia tranquila, y nada en ella revelaba la tristeza de la separacion. A las lágrimas de sus hermanas y á las ansiedades de la madre solo oponia una dulce resignacion pidiéndoles que se consolasen con verla dichosa, ya que para ella no habia más felicidad en la tierra.

Siempre que se repetian las visitas de la familia de Cristina al con-

vento, se renovaba la misma escena, sin que la madre pudiera dar espansion à sus sentimientos, coartada siempre por la presencia de la monja *escucha*, à quien la novicia pedia permiso para dar la mano á su madre à traves de la reja.

Cristina no parecia encontrarse bien allì, apesar de lo que ella aseguraba. La palidez de su rostro tomaba el tinte y la transparencia de la cera, y ahondadas por la flacura las concavidades de los ojos, aparecian estos enormes, sombreados por anchas ojeras azuladas que acentuaban la demacracion del semblante. La señora de Peña, alarmada con aquellas señales de sufrimiento, interrogò à la Madre Superiora sobre el estado de su hija, á lo que la monja contestò que aquello no debia sorprenderla porque la niña habia ido allì muy triste, y naturalmente debia eso influir en su fisico, pero que no tardaria en reponerse una vez que se familiarizase con su nuevo mètodo de vida.

Cristina seguia todas las prâcticas religiosas de las monjas, y poco à poco fuè tomando parte en todos sus hàbitos. Contrariòla mucho el tener que concurrir todos los dias durante tres horas à la sala comun donde se reunian las monjas para coser y conversar. Ella deseaba estar sola, y la mortificaba aquella sociedad en que no solo se hablaba de los santos y de las novenas, sino tambien de asuntos màs terrenales, salpimentados con interminables comentarios en los que no siempre campeaban los más benèvolos sentimientos. Pobres monjas! encerradas allì en su retiro, seguian con àvida curiosidad todo lo que pasaba en la sociedad, recojiendo en el locutorio los rumores que les llevaban sus parientas y amigas.

Cristina no tomaba parte jamàs en aquellas conversaciones, apesar de que las otras la interpelaban considerândola mas al corriente de lo que pasaba por ser la ùltima que habia estado en contacto con la sociedad. Para la novicia, aquellas hablillas eran una decepcion. Ella habia creido que el convento era un retiro inviolable donde nunca penetraban los ruidos de fuera, y en vez de aquella soledad que habia buscado, encontraba un centro activo en que se agitaban las pasiones de que ella trataba de alejarse para entregarse solo à la meditacion y al recuerdo de su muerto querido.

Poco faltaba ya para terminar el año de noviciado de Cristina, y su madre esperaba que penetrada ya de la esterilidad de la vida à que habia querido consagrarse, desistiria de su resolucion y volveria al hogar. Fortalecia esta esperanza de la señora de Peña la circunstancia de que Cristina no tenia dote, lo que imposibilitaria su profesion. Un dia se atreviò à hablar de esto à su hija, pero à las primeras palabras la *esencha* se sublevò: y llamò à la Madre Superiora acusando à la señora de Peña de que pretendia distraer à su hija de la piadosa vocacion que la habia llevado à aquel retiro.

Cristina permanecia muda en esta escena, con los ojos bajos, como si se tratase de algo que nada tenia que ver con ella. Respecto al inconveniente material que puso la señora de Peña sobre falta de dote, contestò la madre Superiora que eso no estorbaria en nada la toma de velo, porque Cristina profesaria como *monja domèstica*, es decir, destinada al servicio de la casa como habia otras que por igual razon no salian nunca del estado servil hasta que entregasen la cantidad de dinero exigida por la òrden.

Para con Cristina, fueron inùtiles todos los ruegos de su madre y hermanas. Estaba decidida à permanecer en el convento en cualquier condicion, y de ninguna manera consentiria en nada que obstase à aquella resolucion. Ante esa obstinacion, la señora de Peña se viò obligada à hacer un nuevo sacrificio. Su posicion de fortuna no era ni con mucho holgada. Vivia con estrechez de una escasa renta que apenas llegaba à cubrir las necesidades de una familia que sostenia cierto rango; pero ante la idea de que Cristina iba á ser relegada à la categoria de sirviente por cuestion de algunos miles de pesos, no titubeò en sacrificar una parte de su escaso caudal para dotar à su hija. Vendió una casa y aplicò el producto à la dote de Cristina sin que ella lo supiese. La familia de Peña, privada de aquella fuente de renta, descendiò à màs modesta esfera de vida y se alejò de la sociedad, no pudiendo ya sostener el rango en que hasta entònces se habia mantenido.

Se acercaba el dia de la toma de velo, y el nombre de Cristina volviò á ser tema de todas las conversaciones. Apesar de lo que todas la querian, y la rodeaba el interès de sus desgraciados amores, su proceder era censurado por todos los que conocian las intimidades de la familia de Peña: la enfermedad del padre y su muerte, causada por el abandono de su hija predilecta; las angustias de la madre y el sacrificio hecho para dotar à la monja; todo esto, y mucho màs, se comentaba en las reuniones, y se inculpaba à Cristina por su conducta.

Pero no por eso dejaba nadie de aprestarse para asistir à la toma de velo, ceremonia que debia verificarse dentro de pocos dias, y para la cual se preparaba Cristina con firme resolucion, sin que el remordimiento mortificase ni por un momento su conciencia. Poco influia en su determinacion el fervor religioso, porque la neurosis mìstica que la afectaba, era una manifestacion de su amor à Alberto, que conservaba como un culto en su alma, y cuyo recuerdo mezclaba ella en sus oraciones.

Su imàjen predilecta era el retrato de su novio que llevaba siempre consigo, y contemplaba en largos èxtasis durante sus horas de retiro, hablàndole, comunicàndole todos sus sentimientos, como à un confidente intimo para quien ella no tenia secretos.

Las monjas entretanto preparaban la capilla para la fiesta, adornando los altares y deteniéndose en prolijos detalles de coqueteria y ornato para dar mayor realce à la ceremonia. El pequeño templo era un campo de maniobras en que todas trabajaban à una, cerradas las puertas para evitar todo contacto profano. Con esa prolijidad propia de las mujeres, arreglaban todo con gracia, armonizando los colores, plegando las telas con elegancia, y ataviando à las imàjenes con cierta coqueteria mundana, como desahogando en los santos las naturales inclinaciones que la severidad de las reglas monàsticas no permite en sus trajes.

Llegò el dia de la toma de velo. La capilla resplandecia de luces y de dorados hasta la bòveda; centenares de señoras y niñas se apiñaban en la nave, dirijiendo sus miradas hàcia el coro, situado à la izquierda del altar mayor, cubierto todavia con espesas cortinas que no permitian ver nada de lo que pasaba dentro.

Derepente se corriò el cortinado, y apareciò tras de las rejas Cristina Peña, vestida de novia, con un lujoso traje de seda blanco adornado de encajes, ceñida la cabeza con una corona de azahares, y cubierta con un diàfano velo de tul, á través de cuyas sutiles mallas resplandecian los brillantes de las alhajas que la adornaban. Cristina estaba pàlida y grave, con los ojos bajos, rodeada de las otras monjas cubiertas con un tupido velo negro, y llevando cada una en la mano un cirio encendido.

Las curiosas se agolpaban sobre la reja, estrujàndose para ver de cerca à aquella niña que habia cruzado como un meteoro por el mundo, brillando un instante para estinguirse despues en la soledad del claustro.

Junto à la reja, la señora de Peña y sus hijas presenciaban la ceremonia. Hubiera la pobre madre deseado no estar presente en aquel acto que era para ella como el desenlace tràjico de una serie de sufrimientos, pero Cristina le rogò que la acompañase en su desposorio mìstico, como la hubiera acompañado en su casamiento con Alberto.

Empezò la ceremonia. El órgano preludió sonoros acordes acompañando el canto de los sacerdotes y del coro, llenando todos los àmbitos de la nave con ècos armoniosos, mientras los turiferarios hamacaban los incensarios que despedian nubes de humo azulado, que subian hasta la bòveda coloreàndose de distintos matices al pasar por los rayos de sol que entraban por las pintadas vidrieras de las ventanas.

Cristina estaba como en un èxtasis. Su rostro pàlido al presentarse, se habia teñido levemente de rosa; sus ojos levantados al cielo, brillaban con dulce arrobamiento. y dibujaban sus labios una sonrisa vaga, como inconsciente manifestacion esterna de un gozo intimo.

La pobre niña soñaba en aquel momento. Por una alucinacion fàcil de esplicarse en el estado en que se encontraba, creia asistir à sus desposorios con Alberto, cuyo recuerdo tomaba en aquel momento cuerpo y vida ante sus ojos, representàndoselo à su lado, emocionado de felicidad. Todo habia desaparecido para ella: las monjas, los sacerdotes, los cantos y los altares; solo veia en torno suyo à su novio, à sus amigas ataviadas con lucientes trajes de baile, à sus padres y hermanas abrazàndola con cariño y llorando con esas dulces làgrimas con que la felicidad se manifiesta en ciertos momentos.

El Obispo se acercò à la novicia, y ella, siempre en su alucinaeion, estendiò su mano para que el sacerdote la uniese con la de su desposado. Pero al estenderla, tocò en la reja, y à ese golpe, despertò Cristina, y se penetrò de la triste realidad que la rodeaba. Palideciò subitamente, bajò los ojos, y como si los resortes de su cuerpo se hubiesen aflojado de repente, cayò desfalleeida en brazos de dos monjas que se precipitaron hacia ella al verla desplomarse como una masa inerte.

Un grito angustioso partiò del templo, y gran nùmero de las presentes se pusieron de piè para enterarse de lo que pasaba. Era la pobre madre que habia lanzado aquel gemido al ver à su hija desfallecida.

Pero pronto se restableciò la calma. Repuesta Cristina, se acercò à la reja, y allì el Obispo la despojò de una de sus alhajas, simbolizando asì la renuncia à los bienes terrenales. En seguida se alejò Cristina acompañada de dos monjas, y volviò al poco rato, cambiado ya su luciente traje de boda por una saya negra, y cubierta la cabeza con una toca blanca que dejaba ver las puntas del cabello recien cortado.

Presente otra vez Cristina en el coro, continuò la ceremonia religiosa. Los cànticos de gloria se trocaron en plañideros salmodios; los incensarios ya no despedian nubes de perfume, ni los sacerdotes vestian las casullas recamadas de oro.

La novicia se tendiò en el suelo, cubrieron las monjas su cuerpo con un manto negro que ostentaba en su centro una gran cruz plateada, y entonaron todas el *De Profundis*, simulando asì la muerte de Cristina Peña para el mundo, para la sociedad, para su familia, borrado del escenario de la vida hasta su nombre.

La madre en tanto lloraba desolada como si realmente asistiese à los funerales de su hija, y toda la concurrencia parecìa como embargada de una honda pena en presencia de aquella escena.

Cuando el responso terminò, Cristina se puso de piè; estaba lìvida y su semblante revelaba dolorosas emociones sufridas en aquel simulacro de la muerte. Entònces le colocaron el velo blanco que ocultaba por completo su rostro, y con esto quedò terminada la ceremonia, retiràndose la profesa acompañada de las otras monjas.

La concurrencia fuè saliendo del templo poco à poco, mièntras los monacillos provistos de largos apagadores, estinguìan las velas del retablo y de las arañas, hasta quedar todo envuelto en una vaga penumbra, velados los altares por las nubes de incienso y el humo que despedìan los pabilos carbonizados de los cirios.

La capilla quedò vacìa y silenciosa, pero junto à la reja que la separaba del convento se veian tres bultos negros, y se oian entrecortados sollozos. Eran la madre y las hermanas de Cristina que lloraban sobre aquella lápida tras de la cual yacìa para siempre el sèr querido.

Cuando la noche invadiò con sus tinieblas el templo, el sacristan tuvo que rogar à la señora de Peña y sus hijas que salieran porque era hora de cerrar la iglesia.

—Mi hija! mi hija! sollozò la madre. Quiero que me devuelvan à mi Cristina!

A este grito de suprema angustia, contestò de atràs de la reja una voz de mujer:

—Cristina Peña ya no existe, pero queda para rogar por todos los pecadores, Sor Marìa de las Mercedes!

FIN DEL CUADRO SÈTIMO

Toros y Baños

YA empiezan à estender las madreselvas sus largas y flexibles guirnaldas; pronto las veremos floridas y entónces Montevideo volverá á ser por tres meses rumorosa y alegre ciudad balnearia todos los dias, y los Domingos creeremos estar en Cadiz ó Sevilla, pues en esos dias es ciudad taurina, cual si en vez de estar situada al márgen del Plata lo estuviera en las del mar Tirreno, aquel mar, que como las aguas de nuestro rio, segun la frase de Castelar, parece tuviera diluido en sus olas el azul del cielo.

Los porteños volverán.... y las porteñas tambien!

Ya me parece ver por esas calles *dandys* cubiertos con guarda-polvos de tela cruda y mujeres de trage claro y liviano llevando en la mano la tohalla sugeta con àmarillas correas, ora en tren, hora á pié en busca de aquel, ora en *breaks* arrastrados por fogosos caballos.

En los bañistas porteños hay siluetas que reconozco al momento, ¡especialmente la de aquel anciano encorvado pero sin embargo vigoroso, cuyo rasgo fisonómico notable es la grosura de los lábios y que va todo vestido de negro. Es el tercer año que viene, y digo que viene pues estoy seguro que vendrá.

Las porteñas... no hablemos de eso en detalle; seria cosa de nunca acabar.

Reconstruyamos el cuadro, con los recuerdos del año pasado y gocemos desde ya con los placeres que gozaremos dentro de dos meses.

El Domingo: veamos ¿qué se hace un Domingo de Enero cuando el dia es hermoso?

En primer lugar levantarse temprano, tomar el tren de los Pocitos y despues de haber regalado la vista con la alegria del follage fresco y de la yerba reverdecida por el rocio, despues de haber aspirado á todo pulmon el aire saturado del bálsamo inmenso de los campos, tirarse al agua desde el trampolin, como si el mar fuera el primitivo elemento del hombre al cual tuviera por fuerza que volver de tiempo en tiempo, darse ricamente un baño de agua mys salada que la vecina que os cupo en el tren y que os hizo notar al aire ménos frio de lo que lo era en realidad y despues tomarse un vaso de leche cuya espuma es más blanca que las que forman las olas en la arena pero no tanto como los brazos de aquella nadadora que juguetea allá entre las frescas y azuladas olas mas ágil que un triton de agua dulce.

Puede darse mañana más deliciosa! Si, si es que la vecina de tren que os cupo es la mujer aquella que allá se está bañando, la cual será vecina vuestra tambien al volver; y la que está tarde estará en el balcon del *Hotel Central* desde donde os sonreirá como diciéndoos que á la noche os espera para hablar dos horas acerca de nada, de muchas niñerias deliciosas.

Despues con un apetito que vale por diez kilos de pepsina se almuerza uno aunque sean diez almuerzos y despues ¡á los toros!

Nada de tren! en *break* que todo otro modo de andar en este caso es andar á gatas como le escribia Sancho á su esposa doña Teresa y una vez en la plaza, vamos! pasarse tres horas divertido pues la cuadrilla que Berro trae parece que es de lo mejor que ha pisado el redondel de la Union.

Despues de un dia de corrida nada mas saludable que darse un bañito y plaf! al agua.

Despues de un baño nada mas justo que darle al estómago lo que con mucha justicia pide.

Allì hay todavia una mesa libre en la galeria del *Restaurant*: á ella, y se come uno sus cinco platos con una botella de *Chambertin*, mirando entre bocado y bocado, que todo no ha de ser prosa, aquella linea nebulosa que forma el mar al juntarse con el cielo, regalados los oidos por el murmullo que hacen las olas al derramarse plácidas en la menuda arena.

Si no se es poeta en un sentido tan idealista que se sienta alguna melancolia al ver los cambiantes violados con que se tiñen las nubes al morir la tarde, ahi en la mesa cercana hay una jóven más deliciosa que un dia de estio cuyos lábios rojos y húmedos convidan á pensar en cuántas locuras haria un hombre por un beso.

Volver á la ciudad? No, lo mejor es prender un habano, mirar cómo titilan las estrellas que pronto van á aparecer y comparar el fulgor de las mas bellas con los ojos de la vecina aquella cuyas miradas parecen que iluminan el alma del que miran como la blanca trémula luz de las estrellas las olas del mar.

Si hay más aficion al toreo que á la astronomia, discutir y pon

derar las suertes que hicieron Diego Prieto y Mazzantini, hasta que parta el último tren para seguir discutiendo en viage, con voz ronca, á causa de las aclamaciones, ó de la grita, que de todo hay en la viña del Señor, á que dió motivo cualquier cosa de mucha importancia en el arte de Lagartijo y Pepe Hillo, lo cual no es chico pasatiempo.

Ya se vé que solo se aburre el que quiere en un Domingo de Enero cuando el dia es hermoso, cosa no rara por cierto, pues los más lo son por fortuna.

Hasta el que no se baña, en el mar porsupuesto pues no quiero hacer á nadie la injuria de creer que no se bañe, hasta el que no vá á los toros, tiene en qué divertirse; basta para ello echarse á pasear y ver la alegre llegada de los trenes llenos de barullentos pasageros; la calle 18 de Julio, con sus acacias en flor, sus balcones llenos de hermosas mujeres y sus aceras repletas de concurrencia.

De noche la animacion calle de Sarandi; la plaza llena de mesas en que los mozos depositan diligentes ante apremiantes consumidores *chops* ó helados árticos por su temperatura, y deliciosos no solo por estar frios sino porque un vaso de pálida cerveza hace soñar con una germánica Margarita y un helado con vainilla es tan exquisito como deben serlo los besos de aquella vecina de mesa en el *Restaurant* á la cual podriais decirle como Luis Rivera si es que la hicisteis la córte:

Me miraste, te miré;
yo te dije no sé qué
y dando fin á un bisté....
¡Parece que te estoy viendo!

Mas dejémonos de poesía que yo he escrito este artículo solo porque tenia que llenar no sé á ciertas cuántas líneas de prosa y el regente me anuncia con amabilidad de *boull-dog* que el periódico está lleno.

WART.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 8

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
D 7 A D	P 7 AR
D toma PA	P 7 R
A 1 R	R toma A
D 1 AD (mate)	
Variante	
D 7 AD	R 7 A
D 2 AD (jaque)	P 7 R
D 5 AD (jaque)	R 8 A
D 1 CR (mate)	
Otra variante	
D 7 AD	R 7 R
D 2 AD (jaque)	R 8 A
D 1 D (jaque)	R 7 A
D 1 R (mate)	
Otra variante	
D 7 AD	P 7 AR
D toma PA	R 7 R
D 4 CR (jaque)	R 8 A
D 1 D (mate)	

Tiene otras variantes de fácil resolucion.

La solucion nos fué enviada por El Duende, C. M., Nadie y Eduardin.

CHARADAS

1.ª Adivinadora—2.ª Botánica—3.ª Sanson.

Fueron descifradas por Un aspirante á Presidente, Nadie, Un desconocido, El cuaterno clásico, Agustin Manes, Pilades y Orestes, Tutù, Un parroquiano etc., y Rafeto.

Las dos primeras solamente fueron descifradas por Raouf Pachà Pascual de la Pavera, Moniato, B., Anton Perulero, Coronel Doug las Un suscritor, y Paso Profundo.

FUGA DE VOCALES

Primero el corazon donde se anida
Mi inmenso amor á Cuba, haré pedazos;
Primero romperé mil y mil lazos,
No importa si son dulces á mi vida;

FUGA DE CONSONANTES

Primero del dolor la copa henchida
Apuraré hasta el fin en breve plazo;
Primero como Scévola mi brazo
Estenderé en la pira enrogecida;

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

Primero regará mi llanto ardiente
Proscrito, errante, el suelo americano
Hasta ver á mi patria independiente;
Primero mi verdugo sea mi mano;
Que recibir de un déspota insolente
El perdon de ser libre y ser cubano!

Descifraron las tres fugas: El cuaterno clásico, Raouf Pachà, Pascual de la Pavera, Rafeto y Rocambole y Rocambolito.

Descifraron solamente la fuga de vocales: Un aspirante á presidente, Agustin Manes, Pilades y Orestes, Moniato, B., Anton Perulero y Coronel Douglas.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

1.ª Artículo—2.ª Trifulca—3.ª Gimnasio—4.ª Averno.

Han observado algunos que de la última palabra sale tambien *Verano.*

Descifraron las cuatro: Raouf Pachà, Pascual de la Pavera, Rocambole y Rocambolito y Moniato.—El cuaterno clásico descifró la primera y última;—B. las tres últimas;—Coronel Douglas las dos primeras y la última;—y Paso Profundo las dos primeras y la última.

SALTO DE CABALLO

Hay dos plantas de jazmines
En el balcon de mi amada,
Una la he plantado yo
Y crece hermosa, lozana.
La otra la plantó ella
Y la veo marchitada.
¿Por qué ha crecido la mia?
Porque la riegan mis lágrimas.

Fué resuelto por Un aspirante á Presidente, Carmona y Hermosa, El cuaterno clásico, Raouf Pachà, Pilades y Orestes, Pascual de la Pavera, Moniato, B., Anton Perulero, Rocambole y Rocambolito y Paso Profundo

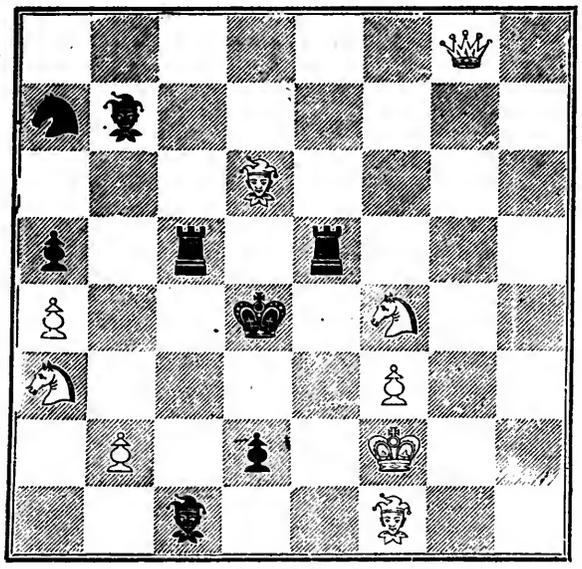
GEROGLÍFICO N. 8

El hombre comete los mayores disparates por la mujer y por el oro.

Remitieron la solucion S. D. Pintos, Carmona y Hermosa, Nadie, B., Un suscritor, Coronel Douglas, Anton Perulero, Un parroquiano etc., Moniato, Pascual de la Pavera, Tutù, Agustin Manes, Raouf Pachà, El cuaterno clásico, Un desconocido, Un aspirante á Presidente, y Paso Profundo.

Problema de Ajedrez por Ulanij

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

CHARADAS

Es mi *tercera* y *segunda*
Una unidad ponderal,
El que hace mi *cuarta y quinta*
Pierde á veces su caudal.

—

Gloria sin par alcanzaron
En Roma, *tercia y primera*,
Prima y *quinta* es todo objeto,
Y el *total* es una ciencia.

OTRA

Es mi *segunda* y *primera*
Como amalgama ó union;
Si mi *tercia* y *cuarta* uniera
Doy una constelacion.

—

Cuarta sola es conjuncion,
Y el *todo* es genio profundo,
Que, con su ciencia, del mundo
Cautivó la admiracion.

OTRA

De dos vocales la union
Forma la que es mi *primera*,
La una es preposicion
Y algunas veces la otra
Se usa como conjuncion.

—

Mi *segunda* es musical,
Tercera nombre poco usado,
Todo en conjunto ligado
Forma un nombre muy usual
Solo á muger aplicado.

FUGA DE VOCALES

D.lc.—.s—..r—l.—gr.t.—m.l.d..
D.l—r..s.ñ.r—q..—.nt.n.—.n—l.—.sp.s.r.,
C..nd.—ll.n.—d.—.m.r—y—d.—t.rn.r.
M.nd.—s.s—c.nt.s—.l—cr..d.r—d.l—d.a.

FUGA DE CONSONANTES

¡.—e.—.u..e—.o..e...a.—.o.—a.e..ia
.e—.a.—.á..i.a.—..o.e. .a—.e..o.u.a,
.i..o.o.—.ie.e.—.e—i.o.e..ia—.u.a
.ue—a.—.i..a..a.—e.—a..a .e—e..a.ia!

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

D.l.e—.s—.i.a.—l.—l.z—.e.p.a.d.c.e.t.
Q.e—.l—.o.—d.r.a.a—.n—.a—.e.t.l—.r.d.r.;
D.l.e—.s,—.n—.i.,—m.r.r—.r.n.u.l.m.n.e
.l—.s.r.—r.y—.e—.a—.z.l.d.—e.f.r.;
P.r.—e.—m.s—.u.e.—e.—e.c.c.a.—e.—c.l.a
.a—.u.c.—v.z—.e—.a—.i.a.—d.—s.—a.m.!

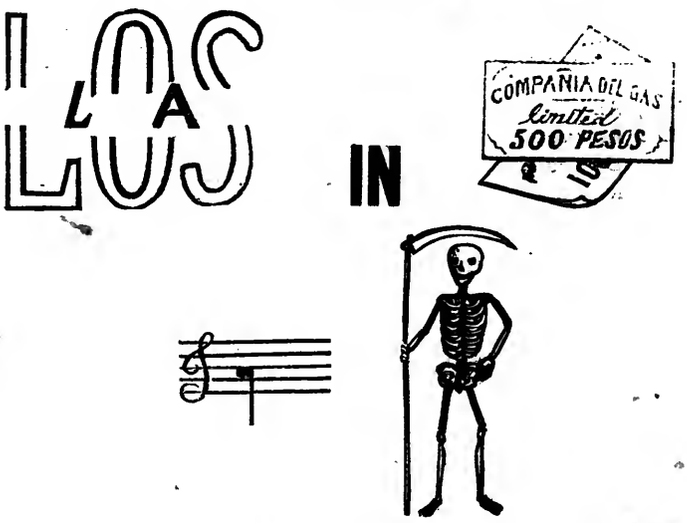
PALABRAS DESCOMPUESTAS

PIMUEN—TRASEPO—INTRISCA—FOLLAGE

PASO DE REY

Y SALTO DE CABALLO

ba!	Y	ra	Ma	ria....	co	sa 64	a
ba	des	lo	mi	u	ria,	Más	pe
El	ña	siem	ba	na	Ma	se	cues
bre	pre	de	á	la	ce	te	ta
de	po	Juan	que	ra	ba	jo	más
her	cia:	se	do	Por	Cuán	tes	tra
pa	más	sa	que	que	a	to	ta!»
«Me	mo	re	ce	Juan 1	sé	me	de

Empieza en la casilla núm. 1 con paso de rey y termina en la 64 con paso de rey tambien. Despues de cada paso de rey sigue un salto de caballo..

GEROGLÍFICO NÚMERO 9